

EL ESPÍRITU DE CONQUISTA.

I

La Revolución francesa, á fines del siglo pasado, fué precursora de las tendencias absorbentes de nuestra época.

Bonaparte, que se convirtió en Napoleón en la aurora del siglo actual, no fué, como se ha dicho, un azote de la humanidad, sino el dique que la Providencia, en sus altos designios, quiso oponer á los desmanes de la demagogía, que no contenta con demoler instituciones y edificios seculares, quería destruir en germen las esperanzas del porvenir.

Pero si los principios proclamados por los revolucionarios del 93 eran en alto grado civilizadores, en cuanto tendían á declarar la igualdad de los hombres, por la libertad y la fraternidad, no se concibe cómo, para implantarlos, hubiera sido necesario derramar torrentes de sangre, marchando con crímenes atroces su obra de redención. No se podía prever el término de tantos horrores, y era necesario un Génio para hacer el milagro de contener la sociedad desquiciada, inclinada ya sobre el borde del abismo.

Entonces apareció Napoleón en la escena y sujetó los pueblos dentro de férreos límites, á la vez que imprimió el sello de su voluntad despótica sobre la frente de casi todos los reyes de Europa, quienes, para afirmar sus bamboleantes coronas, se declararon vasallos suyos. El fué por un momento el salvador de la sociedad aneuazada seriamente en su equilibrio; pero embriagado por el incienso de la gloria, la tensión dada á su poderío, traspasó el límite de la necesidad basada en la justicia, y al peso de sus faltas se rompió el hilo mágico de su destino providencial. La coalición de la Europa no hubiera sido bastante para arrancar de sus sienes la diadema que conquistó su espada: pero sus injusticias y desaciertos le enagenaron la voluntad de la Francia, y en las inmensidades del océano se perdió el éco del tardío arrepentimiento que escuchó "Santa-Elena."

La Providencia le dió las fuerzas de un gigante para que ahogara en sus brazos la hidra de la revolución; y concluida su obra, recogió la chispa divina que quiso inocular en el cerebro y en el corazón de un hombre. Sus faltas fueron previstas, como lo fué su gloria; y su tumba, iluminada por las constelaciones del Sur, aislada del resto del mundo, grande en su solitaria sencillez, es la única digna del esplendor y magnificencia del astro después de su vertiginosa carrera.

Napoleón abusó del poder y sancionó por la fuerza el derecho de conquista, renovando las ideas de la Edad Media, y sufriendo también las justas represalias. El ha sido el más conspicuo representante del principio de absorción en los tiempos modernos; su nombre pasará á la posteridad como símbolo de violencia, sin que los destellos de su gloria logren disipar las sombras de su vida.

II

Saltemos por sobre un gran espacio de tiempo, desde 1815 hasta nuestros días.

Después de tantas sacudidas, encadenado á su roca el nuevo Prometeo, el reposo general era necesario; los estremecimientos parciales fueron cesando poco á poco, y la paz fué la consecuencia.

Más, el espíritu de conquista estaba solamente adormecido, y no tardó en despertar terrible, contenido primero en Malakoff, triunfante más tarde en Solferino, Sadowa y Sedán.

Y es que Rusia no se considera completa sin la posesión de Bizancio; Italia, creyó indispensable á su autonomía el establecimiento de sus reyes en la ciudad eterna; Francia, quiso redondear su territorio con las provincias austro itálicas; y la Germania, no ha podido reposar hasta no ver humillada y desmembrada la Galia. La Inglaterra aislada en Europa, absorbe en Asia, hoja por hoja, esa gran alcachofa llamada la India, cuyos pequeños reinos y tribus pueden considerarse como en estado de coloniaje bajo el protectorado del leopardo inglés, que lleva en sus garras el escudo representativo del Imperio índico.

Pero si concebimos la idea de conquista en los pueblos del Viejo Continente, regidos casi todos, puede decirse, por la voluntad más ó menos despótica de sus mandatarios, personificando cada uno de ellos su respectivo país, nos parece absurda y criminal en América, en donde los pueblos, por lo general, están conformes dentro de sus linderos naturales ó históricos.

La República Argentina y el Uruguay, aliándose con el Brasil para oprimir y desmembrar al débil cuanto heroico Paraguay, han cometido una de aquellas espantosas aberraciones sin nombre, que no pueden calificarse sino como actos de demencia, inspirados por la ambición y el orgullo.

Y Chile, pretendiendo ayer apoderarse de la Patagonia, y hoy proclamando la *reivindicación y la conquista* con respecto á Bolivia y el Perú, alardeando de invulnerable á la faz de la América, pisoteando todos los derechos, atropellando toda noción de justicia, insultando en su soberbia á todo un continente, es algo tan monstruoso, tan insólito, que hay que inclinarse á creer en la posibilidad de un desconcierto, algo como una afección cerebral, de la cual se resientan sus hombres públicos.

Pero razonemos.—Si Chile proclama el principio de conquista, y si en el caso todavía incierto de su triunfo definitivo, quiere poner en práctica sus amenazas, ¿Qué hará la América? ¿Se cruzará de brazos, fría espectadora de tan criminal como premeditado despojo? ¿Querrá hacer valer por la vía diplomática, la justicia y el derecho, cuando ya Chile ha indicado la inutilidad de esa medida? ¿Se armará para estrechar las hordas conquistadoras, en su lengua de tierra, entre los Andes y el mar? ¿Podrá hacerlo? Los argentinos, que trasmontaron la cordillera para dar independencia á Chile ¿no podrán hacerlo hoy otra vez para obligarlo á respetar la de los demás? Los colombianos, que regaron con su sangre las faldas del Pichincha y los campos memorables de Junín y Ayacucho, ¿no podrán otra vez, á paso de vencedores, salvar los derechos que Chile trata de conculcar? Y la Colombia de hoy, será indigna de la Gran Colombia, ó los pueblos que formaron aquella, hoy divididos nominalmente, no volverán á formar causa común, inspirándose en los recuerdos de sus héroes y mártires, para coadyuvar á tan santo propósito?

Chile no lo cree, porque desconoce por completo nuestro carácter nacional, y dominado por las ideas utilitaristas de Benthan, no concibe una empresa que no tenga por base y por objeto el provecho positivo.

Pero Chile sufre una alucinación, y ojalá despierte antes de consumir el atentado que medita.

Para los pueblos de corazón levantado, así como para los individuos de espíritu recto, no debe bastar un triunfo material; y la conquista sería bien triste y efímera, no contando, como no debe contar Chile, con la sanción de las naciones cultas.

Y no es la envidia, como ha dicho Chile por medio de su prensa, la que le granjea la mala voluntad de sus vecinos; es

la sinrazón que dirige sus actos, la que es indispensable re-probar altamente.

Y Colombia menos que ningún otro país, puede envidiar á Chile. En instituciones no es aventurado asegurar que no hay quien nos aventaje; y la abundancia material, á la vez que llama á nuestras puertas con la apertara del Canal inter-oceánico, amenaza cerrar las de Chile, cuyo temor es *quizás* la causa de sus ideas de conquista y engrandecimiento.

Se concibe que un Rey, un Emperador, quieran engastar una perla más en sus coronas; pero los pueblos de América no necesitan algunos palmos más de tierra para prosperar. No es pues, el derecho de *reivindicación* de lo que nunca poseyó, lo que debe invocar Chile: — que no alegue pretendidas faltas del Perú y de Bolivia para cohonestar su proceder. Proclame á la faz del mundo, que la riqueza descubierta en territorios vecinos, es lo que ha tentado su ambición. ¿No cabe acaso ya la población en el suyo, y obedece á la ley de la necesidad? Pruébelo, si puede; y tendría entonces la misma excusa del que roba para satisfacer el hambre. La moral re-probaría siempre el medio; pero al fin, sería un pretexto de que carece hoy.

Si las instituciones de Chile no demostráran hasta la evidencia su anti-republicanismo, ¿no lo probaría hasta la saciedad, su cínica declaración de conquista?

Pero esperamos que no triunfará el mal. La América recogerá el guante que le ha arrojado Chile, y hará que por la RAZÓN Ó LA FUERZA reconozca el deber, el derecho y la justicia.

Que el espíritu de conquista, tal como es y lo hemos tratado de delinear y condenar á grandes rasgos, impere en las viejas sociedades en donde permenece unas veces latente y otras manifiesto en forma de grandes cataclismos sociales, paso; mas en América no debe tolerarse, porque es opuesto á las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que son las bases de la República.

EL CANAL INTEROCEÁNICO

Y LA DOCTRINA DE MONROE.

Cuando el distinguido estadista norteamericano, lanzó á todos los vientos sus teorías, no pensó, seguramente, en la importancia y significación que habrían de atribuírseles.

Si él dijo: "la América para los americanos," no ha debido entenderse que se refería únicamente á los del Norte; y si tal hubiera sido su pensamiento, lo habría manifestado con entera libertad.

Esa celebre fórmula no es sino una condensación antojadiza del pensamiento de Monroe; y significa tan sólo, sin dejar lugar á duda, que en el Continente americano, ó mejor dicho, en las porciones políticas en que está dividido, no se toleraría la intrusión de los gobiernos monárquicos de Europa; y era un reto anticipado á los que llegaran á pretenderlo. Y aquí debemos hacer observar una curiosidad:—mientras en México las huestes de Napoleón III trataban de echar por tierra la República; mientras la escuadra española bombardeaba á Valparaíso y el Callao; mientras la más preciosa Antilla gime aún entre cadenas, es curioso, repetimos, que el Gigante del Norte, cruzado de brazos, indiferente, haya visto y esté viendo á los gobiernos de Europa inmiscuirse en la situación política de los Estados Americanos, en contradicción directa con la verdadera interpretación que debe darse al pensamiento de Monroe.

Y en cambio, forzando el sentido de la citada frase en obsequio de una especulación de Bolsa, el Canal interoceánico, según el sentir de los yankees, no *debe* llevarse á efecto sino bajo la protección de los Estados Unidos del Norte, porque "la América es para los americanos;" es decir, quieren oponerse al torrente de la opinión universal, porque así conviene á sus cálculos é intereses locales.

Pero el Canal, como lo ha dicho Mr. de Lesseps, es esencialmente colombiano, aunque se pida y desée el concurso de todas las Naciones para realizarlo, dándole así el carácter

de internacional; y no puede negarse á Colombia el derecho que tiene para hacer concesiones y otorgar privilegios en cuanto tengan relación con su territorio; y las simpatías ó antipatías de una Nación cualquiera, no deben pesar nada cuando se trata de una obra tan colosal en su realización, como importante por sus resultados.

Si en la declaración de Monroe se encuentran estas ó semejantes palabras: "toda ingerencia de un poder europeo que tienda á oprimir á cualquiera Estado Americano, ó á dirigir de cualquiera manera sus destinos, será considerada como una manifestación de sentimientos hostiles hácia les Estados Unidos," falta saber si el establecimiento de una empresa comercial como debe reputarse la del Canal, puede dar margen ó pretexto para que sea considerado como tal.

Se dice que el Canal colocará probablemente á Colombia bajo la preponderancia de un gobierno extranjero, según sea la nacionalidad de la Compañía que lo construya. Pero esa suposición es inadmisibile; pues la importancia de un establecimiento comercial, por grande que sea, no debe creerse que llegue á tal exuremo, sobre todo, cuando es una obra internacional y se halla bajo los auspicios de tratados públicos que, si llegara el caso de pretender violarlos, también habría llegado la ocasión de llevar á debido efecto la decantada doctrina de Monroe.

Además, la oposición de los Estados Unidos á la construcción del Canal por la Compañía encabezada por Mr. de Lesseps, ¿qué significación tendría? ¿Sería la guerra? Así á lo menos lo piden los miembros de la Comisión de la Cámara de Representantes de ese país, encargada de las investigaciones sobre el Canal; pero, ¿contra quién? ¿Sería contra una Compañía anónima, que en vez de rifles y cañones sólo tiene palas y azadas? Pues no debe echarse en olvido, que ni el gobierno francés ni otro alguno, figuran en los tratados celebrados con Colombia para la construcción del Canal.

Por otra parte, es muy dudoso que Colombia prefiera tratar con los Estados Unidos sólomente y colocar el Canal bajo su especial protección. Y si como es un Estado Soberano, no accediera á las proposiciones que se le hicieran de parte de los Estados Unidos, ¿qué sucedería? Probablemente se diría, con la doctrina de Monroe en la mano, que á los yankees tocaba el arreglo de la casa, y que siendo el Canal necesario á sus propósitos, se haría á despecho nuestro. Y entonces, adiós derechos y libertades, y con ellos, adiós independencia; *pues el pueblo yankee, por sus tendencias absorbentes y despóticas, apesar de las apariencias, es el menos apropiado para hacer vida común con pueblos de la raza latina sometidos á su imperio.*

Reflexionando desapasionadamente sobre la celebre doctrina de Monroe, no podemos menos de preguntarnos, si lo que en otro tiempo pudo ser una esperanza, jamás realizada por cierto, no es hoy y no será una amenaza; *y si no hay mil veces más motivos de gratitud para con las naciones, cunas de los Soubrette, Girardot, Muller, O'Higgins, Cochrane y otros, que derramaron su sangre generosa para ayudar á darnos patria y libertad.*

En el concierto de voces apasionadas que se alza en los Estados Unidos en contra del Canal de Panamá, es consolador observar que algunas pocas hojas más liberales y progresistas, ó menos prevenidas é interesadas, se declaran, si no del todo favorables, por lo menos, no contrarias al proyecto de Lesseps; y una de ellas, *The Chronicle*, plantea la cuestión resueltamente en esta forma: "Si no nos conviene la vía de Panamá, hagamos un canal por otra parte; pero no pongamos obstáculos al ingeniero francés, y antes bien, si nos parece, aventurémonos á tomar parte en los beneficios de su empresa;" y esto es lo que se llama hablar en plata. Nada ni nadie se opone, á no ser la naturaleza, á que los yankees canalicen otro Istmo: tienen perfecto derecho para intentar lo y llevarlo á efecto, si les conviene y pueden. La ciencia únicamente podrá protestar, y con ella, los capitalistas; pero esto será negocio de ellos y en nada nos atañe.

Entre tanto, los Estados Unidos con su añeja doctrina, mal interpretada porque así les conviene, y nunca observada por ellos en su verdadero significado, harán un triste papel llevando adelante su sistemática oposición. Que los capitalistas inquieren si es ó no productiva la empresa; que se persuadan de lo primero y que tomen acciones en ella, es todo lo que se desea y necesita, sean ellos yankees ó ingleses, rusos, franceses, turcos, españoles ó italianos.

Comprobada hasta la evidencia la practicabilidad y la utilidad universal del Canal interoceánico, reclamado con insistencia por la civilización y el progreso, toda oposición con tan fútiles motivos, revela un espíritu estrecho y egoísta, sobre todo, cuando los Estados Unidos recibirán forzosamente una gran parte de los beneficios.

Si los Americanos del Norte desean conquistar simpatías en la América Meridional, no lo conseguirán por cierto, tratando de imponer su voluntad por medio de la fuerza, y estorbando el desarrollo y progreso de estos pueblos.

Que sean ellos los centinelas avanzados para oponerse á todo plan dinástico en América; pero que á la vez, coadyuven á nuestro engrandecimiento material y moral. Así nos acostumbraremos á ver en ellos nuestros protectores naturales, hácia quienes acudiremos por auxilio y amparo, en caso necesario.

SEÑOR DOCTOR ANIBAL GALINDO,
Bogotá.

En ocasiones solemnes es cuando mejor se aprecian los sentimientos.

Así, hoy, cuando el Istmo gime bajo el peso de inexplicable presión, vuestra carta al doctor Felipe Angulo, contra el restablecimiento de las Aduanas en este Estado, ha sido un alivio, por los sentimientos nobles y generosos que contiene, para todos los que, nacidos en esta "porción aparte, singular, particularísima del territorio nacional," quisiéramos hallar siempre en los que dirigen la República, el espíritu tan justo y fraternal que habéis manifestado.

No es mi ánimo, señor, ocuparme en el asunto principal de que tratáis; sino hacer resaltar vuestro afecto hacia el Istmo, repitiendo muchas de vuestras hermosas frases, cada una de las cuales envuelve una expresión de cariño.

Gracias mil, doctor Galindo, en nombre del pueblo istmeño.

Seré breve, señor.—Habréis comprendido ya cuales son mis títulos para dirigiros la presente: soy istmeño.

A lo que llamáis "destino manifiesto" del Istmo, expresado con la pureza que caracteriza vuestro estilo, nada tendría que agregar el más exigente; y sólo, no sólo justo sino también previsor, cuando decís: "que no se deben pretender otros beneficios directos, que los que se hayan estipulado en los convenios sobre explotación de las vías interoceánicas."

Pero en donde se manifiesta expléndidamente cuánto vale vuestro carácter, y cuál es la rectitud de vuestras apreciaciones, es en el siguiente párrafo, que quisiera grabar en letras de oro, para obsequiar con él á cada colombiano, desde el Presidente hasta el último ciudadano de la República.

"El Istmo ha puesto en la Unión Colombiana, cuanto "tiene, que es su garganta privilegiada, para que la Nación, "la explote en beneficio común. Si no hemos acertado á do- "rivar de aquel estrecho, todo el beneficio que legítimamen- "te podríamos obtener, culpa es de Colombia y no del Istmo, "que todo lo ha consignado sin restricciones ni reservas en "manos del Gobierno Central.

Y más adelante decís: "El Istmo es un satélite de la Unión Colombiana, que debe girar en su órbita por la ley de

la atracción ; pero atracción de amor, de consideraciones, y hasta de vanidad y orgullo de tenerlo engastado en el escudo armorial de la República.”

Es lo que debe servirnos de lazo de unión indisoluble.

Y hé aquí, ahora, señor, cómo es que Colombia hace “acto de presencia” en lo que se relaciona con el Istmo.

¿ Queréis abrir por un momento la historia de este Estado ?

Sus páginas están manchadas con sangre, lágrimas y cieño, de que felizmente, y permitidme esta digresión, está limpio mi humilde nombre.

¿ Queréis saber quién es el responsable de tan lamentable situación ?

Poco trabajo os costará registrar los anales del Istmo en sus relaciones con el Gobierno General, desde que, erigido en *Estado Independiente y Soberano* hasta hoy, nunca ha dejado de ser una colonia regida por las inspiraciones de gobiernos generales arbitrarios, despóticos.

No omiero, señor, acompañaros en tarea tan ingrata. Vos lo conocéis mejor que yo, porque relacionado casi siempre con los acontecimientos públicos, habéis tenido muchos medios de apreciarlos bien, por más que hayáis deplorado lo que no habéis podido remediar.

Permitidme, señor, una observación.

¿ Tenemos ó nó, Gobierno federal ? ¿ Es esto una mentira, un engaño para fisear las verdaderas instituciones, un pretexto que se alega con el propósito de eludir alguna responsabilidad, una subversión completa de todas las doctrinas que son el fundamento de la República.

¿ Qué sucede en Cundinamarca, en Santauçer, en Panamá ?

¿ Y qué sucederá mañana en los demás Estados de esto que se llama República ?

En tésis general sostengo, que la ley de orden público es constitucional, y además la sa vanguardia del orden ; pero observo, que si esa ley es un pretexto para imponerse e Gobierno general en los Estados y violar su Soberanía, debe abolirse inmediatamente, ó queda destruído el pacto federal,

Y no dudo que vuestro ilustrado criterio admitirá esta tésis como base de las reformas que se pretenden hacer á la Constitución de Río Negro, de la que, espero, seréis uno de los Reformadores.

Comencé por decíros, que en las presentes circunstancias serían oportunas las observaciones que me proponía haceros.

Os habéis expresado tan benévolaente hácia el Istmo, que merecís muy bien las confianzas que voy á dirigiros.

¿Sabéis, señor, lo que es *hoy* el Istmo de Panamá?

No podéis saberlo, porque los acontecimientos se precipitan, y parece que á la capital de la República no se ha querido que llegue el eco de lo que aquí pasa, mientras no se consumen los atentados que se han iniciado ya.

Indudablemente, por un resto de pudor, se quiere hacer que recaiga sobre nosotros un mal del que no somos responsables, y que, permitiéndme la jocosa expresión, es de "importación directa de Bogotá, bajo partida de Registro."

Os presentaré la situación del Istmo como es un cuadro sinóptico, de cuya exactitud no podréis dudar.

1.º Injerencia pública del Gobierno general en los asuntos internos del Estado. (*)

2.º Protección descarada del Gobierno general á rebeldes en armas contra el Gobierno constitucional del Estado, como medio para obtener sus fines.

3.º Alianza estrecha de las fuerzas federales con los conservadores disidentes y los radicales, para desarmar el Gobierno, imponerse á la Asamblea, ó impedir por la fuerza á esta Corporación el ejercicio de sus deberes constitucionales.

4.º Consecuencias de todo esto, actos de piratería de los rebeldes, combate, sangre derramada, reclamos internacionales, humillación.

¿Para qué más

á vuestra penetración no se pueden ocultar otras deducciones lógicas de premisas semejantes.

Pero sí deberé insistir, en que el Gobierno de la Nación ha roto el pacto federal, desde que hace ilusoria la soberanía de los Estados, y soluciona las cuestiones que se refieren á la política especial de cada Presidente de la República, poniendo en la balanza de sus intereses, el peso de las bayonetas federales.

Lo que hoy se practica aquí, será un precedente funesto para mañana; y los mismos que ahora recogen los beneficios de la arbitrariedad, lamentarán sus funestos resultados.

[*] Como prueba, hé aquí el siguiente cablegrama, que, enviado de aquí, *el día antes de la reunión de la Asamblea*, es tan elocuente como no pudiera serlo el más elocuente comentario. Está impreso en *La Luz* de Bogotá, de 11 del presente mes.

"Panamá, 30 de Setiembre de 1854.

"Buenaventura, 30—Ibagué, Octubre 7.

"Señor doctor Rafael Núñez.

"Asamblea convocará Convención. Todo se debe á esfuerzos patrióticos del Presidente Cervera. Lambert no será presidente. Sus indicaciones oídas.

Así, pues, mis observaciones, tomando por base lo que pasa en este Estado, tienen un alcance mas vasto.

Veo, en tiempo no lejano, la desmembración de esta patria querida, y “engastado en el escudo armorial” de otra nación, á este satélite de la Unión Colombiana, que dígase la verdad, no es para ella como debiera ser, y como muy bien lo decís vos, objeto de “atracción, de amor, de consideraciones y hasta de vanidad y orgullo.”

Ya véis, señor, lo que acontece en éste y otros Estados de la Unión Colombiana; y por lo tanto, no será extraño que pronto tengamos que llorar sobre las ruinas de la Patria.

Disimulad, señor, que haya abusado de vuestra paciencia con esta larga carta; pero, ¿á quién-mejor que á vos podría dirigirme para expresar mis temores, cuando son conocidos vuestros sentimientos fraternales hácia el Istmo?

Creed, doctor Galindo, en la gratitud de este pueblo por vuestros nobles sentimientos, y recibid la expresión particular y sincera de mi afecto.

Panamá, Octubre 22 de 1884.

ESTUDIOS LITERARIOS.

EL 20 DE JULIO.

Los pueblos tienen lo que una célebre escritora ha llamado "la memoria del corazón," y conmemoran los hechos heroicos de sus antepasados, mostrando su gratitud hácia sus bienhechores con expansión sincera. Es por esta razón que el 20 de Julio de 1810, forma época, y época brillante, en los anales de la Patria, y el pueblo colombiano, lleno de júbilo, saluda entusiasmado á los que le dieron libertad.

Gloria imperecedera á los héroes y mártires de la magna guerra! Veneremos su memoria, levantando un altar en cada corazón colombiano, para rendirles el culto debido á su heroísmo y sacrificios.

Patria! Libertad! ¿Quién no siente palpitar de entusiasmo el corazón á tan sagrados nombres? ¿Quién no se prostra de rodillas ante Dios, para darle gracias por tan inmensos beneficios? ¿Quién no siente humedecidos sus ojos con el recuerdo de tanta sangre derramada, de tanta abnegación, de tanto martirio?

De párias, de esclavos sujetos al yugo del despotismo, brotaron pueblos libres, al repereutirse en nuestras montañas, en nuestros valles, en nuestras riberas, el éco embriagador de las palabras *Patria y Libertad*. El esclavo, irguiéndose altanero, recordó que era hombre, rompió sus cadenas, y lanzándolas á la faz del déspota, de pié y frente á frente de formidables huestes, luchó con el propósito firme de morir ó vencer; luchó con la conciencia del derecho, con el estímulo del deber, con el entusiasmo que inspira toda causa justa; y venció al fin.

Sangre, mucha sangre, á torrentes la hizo correr el español en nuestro suelo; pero esa sangre clamaba venganza, y las plegarias de las viudas y huérfanos de los mártires, fueron escuchadas por el Cielo. La victoria coronó los esfuerzos de los defensores de la Libertad.

Gloria imperecedera á sus venerandos nombres! Grati- tud eterna á su memoria!

De ilotas, hemos ascendido al rango de nación civilizada; de esclavos, nos hemos vuelto ciudadanos del pueblo más libre

de la tierra. La ignorancia en que nos había tenido sumidos el despotismo español, desaparece poco á poco; el fanatismo cede el puesto á la verdadera religión, el deber se inculca á los pueblos, á la vez que se les hace conocer sus derechos. No hay siervos ni señores entre nosotros; la igualdad ante la ley, es una realidad.

Nuestras convulsiones, nuestros estremecimientos, son defectos de nuestra edad. En los pueblos, así como en los individuos, se sufren crisis espantosas al pasar de un período de la vida á otro.

Bolívar lo dijo: "Este país no puede prosperar en los primeros cien años: es menester que pasen primero dos ó tres generaciones;" y Bolívar era un profeta: su genio penetraba el porvenir, y su grande alma, gemía de dolor presintiendo los cataclismos sociales y políticos por que tendríamos que atravesar, sin poder remediarlo.

Pero ya parece que entramos en la convalecencia de la fiebre que ha estado devorándonos. Los pueblos están cansados de luchas estériles, y anhelan una paz permanente.

Un nuevo horizonte se abre á las aspiraciones de todos los habitantes de la tierra, y muy particularmente á las de los colombianos.

El abrazo de los mares será también, no lo dudamos, el ósculo de paz y de concordia entre todos los hijos de este nuestro privilegiado suelo, de nuestra Colombia, magnánima y generosa en medio de su pobreza. Sí, Colombia, la espiritual Colombia, que vive más por el pensamiento que por la materia, tiene un corazón que palpita y se entusiasma por toda noble causa; una alma que vibra á todo pensamiento elevado, á toda noble inspiración.

Y si con justo título nos vanagloriamos hoy de ser ciudadanos de este pueblo libre, cuando la deseada unión de las Secciones que formaron la antigua Colombia, la de la guerra tremenda, la de tantos gloriosos recuerdos, sea una realidad, oh!—¿qué blasón más noble entonces que el de colombiano, qué mayor timbre ni orgullo más legítimo, que vivir y morir cobijados por el pabellón tricolor, testigo de tantos sacrificios y de tantas glorias.

Patria! Libertad!

Hay sentimientos que no pueden explicarse, emociones que embargan los sentidos y la voz. La palabra es deficiente y pálida para traducir lo que pasa en el alma, lo que la conmueve y agita.

Al oír estas dos palabras que evocan la historia de setenta años, nos sentimos anonadados si pensamos en nuestros desaciertos; pero sobreponiéndonos á dolorosos recuerdos, sólo queremos dar cabida en nuestro pecho á la dulce emo-

ción que sentimos, producida por la gratitud hácia los que, á costa de todo género de penalidades, nos dieron vida propia, y una gran enseñanza en sus grandes sacrificios.

Procuremos ser dignos de sus virtudes; depongamos ante sus ilustres cenizas nuestros odios y mezquinas rivalidades; probemos al mundo, que somos dignos descendientes de aquellos gigantes; y como la mejor ofrenda que podemos hacer á su memoria, jurémonos paz, unión y concordia inalterables.

Sólo así corresponderemos á sus esfuerzos, porque así solamente seremos buenos, y grandes, y poderosos. Probemos nuestra gratitud con nuestra cordura, y el mundo entero dirá de nosotros: "Son dignos de tener Patria, de gozar de Libertad."

LA LEYENDA DE LA PATRIA.

I

Hacia el Occidente de las Comarcas habitadas existía un mundo desconocido, como contrapeso de la Tierra, para conservar su equilibrio. Las cimas altaneras de sus montañas seculares, envueltas en nubes, amenazaban tocar la copa del firmamento, produciendo el Iris el reflejo del Astro-Rey, sobre sus perpétuas nieves. Sus valles, fertilizados por numerosos ríos, figuraban alfombras de esmeraldas cruzadas por cintas de plata; y las sabrosas frutas tropicales, la fauna y la flora de sus bosques, y los viveros formados por la Naturaleza, satisfacían plenamente, no sólo las necesidades, sino también los antojos de sus moradores.

Hombres sencillos y laboriosos habitaban este delicioso Edén. Sus costumbres eran patriarcales como sus gobiernos: sus sentimientos eran dulces y nobles, suaves sus modales. El honor y la dignidad les eran inuatos, y el fondo de su carácter, lo formaban la honradez y la benevolencia. En sus creencias, las nociones del bien y del mal estaban perfectamente definidas, y adoraban al Sol como al supremo Bien y al fuego, como agente ó causa primordial de todo lo creado. Y su vida era un contínuo idilio en el paraíso en que le plugo á la Providencia colocarlos. Las copas de árboles frondosos ó las pencas de la palmera real reunidas en haces, los protegían de la intemperie; y para celebrar sus fiestas, tenían por alcázar el espléndido panorama de la Naturaleza, el blando césped, por mullida alfombra, y por techumbre, la inmensa bóveda azulada, con sus millares de lámparas eternas.

II

En opuesto hemisferio habitaba otra raza de hombres en grandes ciudades formadas por suntuosos edificios de mármol y de granito, en los cuales el oro, la plata y las piedras

preciosas se ostentaban en toda su magnificencia, hermosa. dos por el arto. La civilización, originaria de Oriente, habia extendido sobre esas comarcas sus múltiples brazos; y era una mezcla de virtudes y de vicios, de heroísmo y de baja, causas del efímero esplendor y de la consiguiente decadencia y ruina de esas sociedades.

La Ciencia se consideraba como habiendo llegado á su apogeo, y toda teoría que traspasara los límites de la creencia general, era un absurdo y una heregia dignos de ser purgados en los calabozos del tenebroso tribunal llamado *Santo*, parto digno del patrocinio del espíritu infernal de Felipe Segundo y de Torquemada

Galileo fué considerado como un loco herético, y su protesta, —*e pur si muove*,— sublime, apesar de su debilidad, fué ahogada por los gritos de triunfo de sus ignorantes impugnadores.

Pero la luz del genio se halla latente siempre en el fondo de la humanidad, y se abre paso por entre el cerebro de un "pastor de la Arcadía, de un cabrero de Andalucía, ó del hijo de un cardador de lanas en Génova."

COLÓN fué el nombre de esa luz, quien apoyándose en la ley eterna del equilibrio, halló deficiente el mundo que habitaba, y en la retina de sus ojos investigadores, fotografió su pensamiento el otro mundo desconocido que faltaba para completar la armonía universal.

Los rayos de su luminosa idea, se quebraban ante los muros que le oponían la ignorancia y la superstición.

Pero luchó como se lucha cuando la verdad y la fé nos inspiran, y venció al fin.

El alma de una mujer comprendió la grandeza de su concepción, y Colón, después de penalidades y sacrificios sin cuento, pudo ofrendarle en recompensa de su protección, la corona de un Nuevo Mundo, y una de las más brillantes páginas de la Historia para su augusto nombre.

Desgraciado él, que recibió en pago ingraticudes, y que ni siquiera pudo unir su nombre á su descubrimiento! Destino muy común á los elegidos por Dios para la realización de sus designios

III

Puestas en contacto las dos razas, esto es, las dos civilizaciones, triunfó la del Oriente con el exterminio casi total de los primitivos pobladores del mundo descubierto. Se conculcó el derecho natural para establecer en sus risueñas co-

marcas, anegándolas en sangre inocente, el dominio de un monstruo deforme, con un cetro en sus garras, tojiendo por acólitos, el Fanatismo elevado á Religión, y la Ignorancia á Virtud; y á sus piés, el sello ignominioso de la esclavitud, en prueba de respeto á la dignidad humana. Este monstruo se bautizó entonces con el nombre de *civilización*.....

IV

Trescientos años habían ya pasado. Los vientos de las vírgenes montañas llevaban á otras regiones los gemidos de las víctimas inmoladas por la tiranía: los ríos arrastraban sus límpas tintas en la sangre de los que defendían sus hogares, y con ellos, el derecho de libertad otorgado por Dios á todas sus criaturas, y que, convertido en *crimen* por los conquistadores, era castigado con la tortura y con la muerte. El horror de esas escenas, superó á todos los horrores; y el alma se contrista al abrir el gran libro de la Historia, y recorrer esas páginas sangrientas, para mengua de la Humanidad.

V

El éco de una gran transformación llegó de lejanas tierras á las selvas seculares del Nuevo Mundo, y repitiéronlo las montañas y los valles, y el Océano repitiólo con su estentórea voz.

LIBERTAD! PATRIA! DERECHOS! Voces mágicas, que, con su acento armonioso, resonaron en todos los corazones, y despertando á los pueblos dormidos hasta entonces, los electrizaron como al contacto de una poderosa pila de Volta, y los aprestaron á una lucha titánica.

La sangre corría á torrentes en los cadalzos; y de esa sangre brotaron héroes, que sin más armas que su valor, ni otro escudo que sus desnudos pechos, llevaron triunfante el pabellón tricolor que simbolizaba sus esperanzas y sus glorias, “desde las estruendosas bocas del Orinoco hasta las argentadas cimas del Potosí.”

BOLÍVAR surgió entonces para guiar esa pléyade de héroes legendarios, á cuyos esfuerzos debemos la libertad que conquistaron con su sangre, que implantaron en este suelo sobre bases indestructibles, y que garantiza nuestros derechos de hombres sobre el haz de la tierra.

Bolívar como Colón, recibió también en pago ingratitudes, como cumplimiento de una ley que parece inevitable hacia los redentores de la humanidad.

V I

Hoy se conmemora el 61° aniversario de la Independencia del Istmo.

Los triunfos de las armas colombianas, casi en todas partes, hicieron innecesarios sacrificios cruentos entre nosotros. *Libertad é Independencia*, era el deseo de todos los corazones, al cual dió forma y consistencia la reunión popular que en 28 de Noviembre de 1821, proclamó á la faz del mundo, que esta preciosa faja de tierra dejaba de ser desde entonces y para siempre, uno de los florones de la corona de España.

Bendigamos la memoria de tan preclaros varones, quienes dotados de un valor moral admirable, hicieron el juramento de ofrendar sus vidas en aras de la libertad. ¡Quién no se siente sobrecogido de respeto y rebosando de gratitud el corazón, hacia los autores de tantos beneficios!

Libertad! Patria! Derechos! Augusta Trinidad! Lábaro Santo! Bendito talismán del Nuevo Mundo! El pensamiento es impotente para crear imágenes capaces de representarte, y el idioma humano carece de voces adecuadas para expresar la sublimidad de tus misterios. Tan sólo el corazón puede sentirla, y elevar al cielo muda, pero ardiente plegaria por los héroes y mártires de la magna epopeya.

Y como la mejor ofrenda que podemos hacer á sus venerandos manes, demos hoy tregua á las luchas que originan ideas é intereses encontrados; y si mañana vuelven á imponer las pasiones, como tributo á las flaquezas de la humanidad; ó si en la aspiración al bien, buscado por medios diferentes, se sufren estremecimientos en la sociedad, por fortuna ya menos frecuentes y que podrían considerarse como la agonía de una época de prueba,—época luctuosa que termina para dar paso á otra de estabilidad, y por lo tanto de progreso y de grandeza,—al menos, que todos, gobernantes y gobernados, y en toda circunstancia, conservemos incólumes en nuestras almas como bases esenciales de la República, el sentimiento sublime de la *Libertad*, el amor inextinguible á la *Patria*, y el respeto incontrastable al *Derecho*.

Noviembre 28 de 1882.

LA REDENCIÓN.

Á mi amigo el distinguido Ingeniero don PEDRO J. SOSA

Hemos pecado, y la expiación ha sido larga y dolorosa; pero ya vemos asomar en el horizonte el iris del perdón.

Hemos andado á tientas por entre brumas que parecían eternas. La luz va disipándolas poco á poco; y la aurora de mejores tiempos se vislumbra al través de las tempestades.

Hemos luchado sin descanso, como para dar pruebas de nuestra virilidad. Ya llega la hora del reposo del espíritu fatigado por fantásticas teorías, para dar lugar á la lucha del genio con la materia:—lucha gigantesca de la ciencia contra la fuerza de inercia de la naturaleza. — Las fuerzas se reúnen y concentran: de un lado, el Tiempo, que en virtud de formaciones geológicas sucesivas, estableció barreras hasta ahora reputadas como insuperables, en las cuales el granito representa la arena trasformada por los siglos; bosques impenetrables casi vírgenes y rebeldes á las pisadas de los hombres; ríos de impetuoso torrente, que arrastran al mar, junto con las piedras de sus cáuces, el preciado metal de las cordilleras. De otro lado, el hombre, también llamado *átomo pensador*, que llevando en su frente la aureola de un destino providencial, fuerte en su audacia por su convencimiento, sublime en su pequeñez ante la majestad imponente de la Naturaleza impasible y serena, se prepara á la lucha, examina y mide las fuerzas de su adversario con el propósito deliberado de vencerle. Le ayuda en su delirio la ciencia, ese rayo desprendido del Infinito, espíritu creador, infatigable y también eterno; — luz vivificadora que convierte el caos en resplandores; y que, penetrando en el cerebro oscurecido de la Humanidad, hace brotar de él destellos fulgurantes que irradian sobre el mundo. — ¡Ciencia! ¡Alma del Universo! ¡Virgen, siempre explotada, pero siempre

virgen, poder, orgullo, imperio! Tú lo eres todo, bien conquistando el mundo con las maravillas de tus obras, ó penetrando con mirada escrutadora en la región de lo desconocido, hasta donde se llega al límite señalado *por ahora* á tu atrevido vuelo.—Salve! Salve! Ante tí nos inclinamos humildemente; pero en la arena del grau combate, sólo eres el agente del misterioso Poder increado, inconmensurable y eterno. Poder invisible y siempre presente: la inmensidad condensada en una palabra: - Dios!

Faltaba una nota en el coro de la Naturaleza para completar la armonía perfecta de la Creación.

Los trinos de los ruiseñores, el rugido del león, el estruendo del torrente, la música de las selvas, y hasta los ruidos del silencio, eran insuficientes. Las flores caían marchitas y deshojadas al beso del céfiro, mientras en ondas levemente sonoras se perdían los ecos de su contacto en la inmensidad. Faltaba para el conjunto, algo como el consorcio de dos existencias impalpables, que, á semejanza de los destinos del mundo, unidos, continuados, sucesivos, renovados y eternos, llenara el espacio, completando el Universo.

El elemento movable retrataba en su tersura los celajes; —ni un soplo rizaba su brillante superficie, y Dios dijo á la brisa: “tiende tus alas sobre esa superficie líquida, muévelas ténues sobre sus linfas, que al sentirte, se estreñecerán voluptuosamente en ondas cadenciosas y eternas;” y un nuevo rumor, leve como el eco del desierto, se unió al conjunto de las armonías. Pero la calma es precursora de las tormentas, y como aún faltara en el coro universal el estruendo de la furia de los tempestades, desencadenáronse los vientos y azotaron las olas, que ombravecidas, saltaron hácia el cielo, en su soberbia, con horrísono estrépito, para caer inmediatamente, deshaciéndose en cascadas de espuma fosforescente, para volver á levantarse y caer otra vez, bramando de furor y de impotencia. Imagen fiel de las pasiones de los hombres.!

Los ruidos del Océano completaban el Universo; pero en las obras de Dios, hay siempre armonía, paridad, justicia. Creó al hombre y quiso darle una compañera; y en todo cuanto existe, vemos el consorcio misterioso que encierra el germen de la vida.—Un Océano no era bastante; y en su munificencia suma, dióle un compañero. El uno, tumultuoso, irascible, siempre agitado y soberbio; y el otro, siguiendo la ley de los contrastes, manso, suave, de olas de plata, fulgurantes y bellas. Pero la Creación era aún muy niña, ni siquiera había llegado á la edad de la pubertad; y fué preciso separar la pareja. El Sér Supremo extendió sobre el lecho

do los dos Océanos, una cinta verde, simbolizando con este color la esperanza, y fué la barrera ante la cual se estrellaban sus deseos de unión eterna. Al través de ella se oyen todavía las quejas impacientes del uno, y los arrullos de tórtola de su compañero: el uno dice; “quiero romper esta barrera que de tí me separa, y confundir mi sér con tu sér:” el otro, dice; “espera, espera, el destino se cumple á su plazo.—Espera, que abiertos están mis brazos para recibirte.”

Y el plazo está cumplido.—Dios dice: “Océanos, dáos el ósculo santo del eterno consorcio: servid unidos de lazo fraternal entre los pueblos y los hombres de buena voluntad.” Y la barrera desaparece; y las ondas, en abrazo indisoluble, en el deliquio de sus amores, en la embriaguez de sus satisfechas esperanzas, se levantan en acción de gracias hácia el Cielo; y sobre sus fosforescentes espumas se vé de pié el Gé-nio, agente visible de la Providencia, coronando su cabeza la Gloria, que es el premio de la abnegación y el heroísmo, llevando en una mano la oliva de la paz, y en la otra, el lábaro santo que representa al Cristianismo, el Progreso y la Libertad.

Miradlo! — Es..... LESSEFS!

Á LESSEPS

América!—A tus puertas está el Génio incomparable que viene á herir tu virgen suelo y que hará brotar de él cual otro Moisés, el maná prometido. Miradlo! En su frente no ostenta diadema de resplandecientes pedrerías, ni en sus manos el cetro representativo del Poder; pero en su cabeza trae un foco de vivísima luz, para disipar las tinieb'as de la ignorancia; y en su diestra, la humilde azada, que simboliza el trabajo, y con él, la paz y la abundancia. De esa frente que no agobia el peso de su destino providencial, porque Dios le ha dado la fuerza necesaria para llevar á cabo la realización de los destinos de la Humanidad, brotan á raudales, rayos luminosos que, penetrando en el cáos de las preocupaciones, harán desaparecer como por encanto, rivalidades mezquinas engendradas por la ambición y el egoísmo.

Lesseps!—nombre que venerarán las generaciones venideras como el Mesías ofrecido, pues que nos habrá permitido leerles, junto con la más portentosa maravilla del siglo, un grandioso monumento de la más alta significación moral, ante el cual, los pueblos todos vendrán á darse, bendiciendo ese nombre, el más estrecho abrazo de paz y de concordia!

Aquí, en esta tierra privilegiada, cuando un día tal vez, el viajero silencioso, sobre un arco roto del puente de Londres, contemple las ruinas de la inmensa Metrópoli, aquí, vendrán á congregarse los pueblos todos de la tierra, entonando el *Hosanna* en señal de gratitud á Dios, y al elegido para realizar uno de sus más ingentes beneficios.

Colombia!—tú, que generosa y abnegada siempre has reparado en lo posible la injusticia cometida para con el ilustre genovés; tú, que sin vacilar y al través de sacrificios de todo género, luchas sin descanso por conquistar el triunfo de las ideas, alzando altares á la Justicia hermanada con la Liber-

tad; tú, que aún padeces estremecimientos inevitables al sacudir con mano firme el edificio del pasado, construido por la barbarie y la superstición, para reemplazarlo con el magnífico templo de la civilización y del progreso; tú, Colombia, tierra privilegiada de la inteligencia y del heroísmo, tú, vés á recibir, el primero entre todos los pueblos, y á manos llenas, los dones con que quiere colmarte la Providencia. Tú has sido la elegida del Cielo para abrir al mundo fuentes de riqueza inmensa, y lo que es mejor todavía, de inmenso beneficio moral. Muéstrate, oh! Colombia, á la altura de tus elevados destinos; da pruebas de cordura ya que tantas muestras tienes dadas de tu virilidad y energía; y presenta el grandioso espectáculo de un pueblo ardiente y belicoso, lleno de celo por sus libertades y derechos, entusiasta y valiente hasta la exageración, deponiendo sus enojos fratricidas en el altar elevado á la Paz, en el cual oficia, como Gran Sacerdote, el Génio, inspiración del Cielo, encarnado en Lesseps.

Colombia!—Hija predilecta del Gran Bolívar, cuna de héroes, de sabios y de mártires; tierra fecundísima en bienes y de inmenzas esperanzas para el porvenir! Convierte los rifles en arados, la espada fratricida en azadas y en palas: busca, cierta de encontrarlos, los inmensos tesoros que encierra tu riquísimo suelo, y á la sombra de la paz, la abundancia material coronará tus esfuerzos, á la vez que los triunfos de la inteligencia y de la virtud, harán digna de ser la capital del mundo á esta faja de tierra colocada providencialmente entre los dos Océanos, para servir un día, que ya se vislumbra próximo, de paso forzoso á la civilización occidental en todas sus formas, hácia aquel Oriente, cuna del cristianismo, pero prosa hoy de la barbarie, por su relativo aislamiento, fatídica obsecación y obstinado egoísmo.

Y tú, Lesseps, tú, el predestinado para el bien; tú, á quien no arredran las contrariedades, los sacrificios, ni aún la ingratitud, prosigue tu obra redentora, realiza el sueño de tu vida, la idea que absorbe tu existencia. Derrama sobre esta querida tierra que tiene la alta honra de recibirte hoy, todo el raudal inagotable de tu poderosa inteligencia, contando como debes contar, con la protección de Dios para el cumplimiento de tan elevados fines.

Y mientras el mundo entero te contempla, y admira tu generosa iniciativa y sin igual constancia, recibe el cariñoso saludo de la Virgen América, y particularmente de Colombia, cuyo glorioso pabellón, que representa los colores del Iris, ha de ser en tus manos al iniciar la magna obra, el símbolo de la Paz, genitora del Progreso y de la Libertad, restringida únicamente por el Orden.

El Istmo se estremece alborozado al recibirte. Ayer era el desaliento que inspiraba al temor de un desenlace fatal; y hoy es la vida, la energía, el valor que tu presencia infunde, lo que impera en todos los corazones; pues el corazón de este pueblo late unísono y en completa armonía, relegando al olvido rencillas lugareñas para expandirse con el júbilo más puro al sentir el eco de tus pisadas que se repercute en todos los ámbitos de la Tierra, mientras en alas de la electricidad se esparce la fausta nueva de tu feliz arribo á las playas que besan ámbos Océanos, que van á ser testigos y actores en el gran drama preparado por la Ciencia, y en el cual, tú, Lesseps, eres el protagonista y el héroe, como serías también si fuera preciso, el glorioso mártir de tus convicciones y de tu fe.

Dios te guíe, generoso Atleta, y proteja tu preciosa existencia; y ya que la palabra es deficiente para expresar las grandes emociones, ni hay en la tierra armonías bastantes para cantar las maravillas de la Ciencia; permítele al menos, que desde el pié de una de las bifurcaciones de la gran Cordillera que ha de abatir su altiva cima para dar paso á tu carro triunfal, te dirija la más ferviente salutación uno de tus más entusiastas admiradores.

SEÑOR DIRECTOR DE *EL ESTUDIO*.

Ha tenido usted la amabilidad de poner á mi disposición las columnas de su interesante periódico, y la espontaneidad del ofrecimiento obliga mi gratitud, á la vez que me impone el deber de corresponder á su bondadosa invitación

Por desgracia, las fuerzas casi nunca están á la altura de los deseos. Hoy, por ejemplo, aspiraría yo, si me fuera dable, á llenar las páginas de *El Estudio* con asuntos correspondientes á su objeto, ilustrando con el raciocinio, dilucidando con la lógica, y estudiando con la observación, cuanto puede interesar á nuestras incipientes sociedades.— Estudiar, equivale á aprender: el que aprende es porque investiga; y el que investiga, encuentra; luego hay mucha analogía entre el estudio y el éxito. Si éste no es siempre el que podemos desear, no deja de ser *éxito*, toda investigación resuelta, en el sentido que se quiera. *Exitus*, significa salida, término ó fin; y este fin, salida ó término, puede ser bueno ó malo, favorable ó adverso á nuestras esperanzas. Sin embargo, en nuestro empeño por que todo nos salga á la medida del deseo, queremos hacer que *éxito* signifique forzosamente, un buen resultado; aunque, contrayéndome á *El Estudio* puede considerársele, como sinónimo de *éxito* en esta última acepción.

Ninguna tarea más noble, ni sacerdocio más digno que el de la enseñanza. Llevar la luz á las tinieblas, animar el caos de la ignorancia con el estudio, misión propia es de los dioses, delegada por éstos á los hombres de buena voluntad. Desde el átomo casi imperceptible á la mirada, hasta la estrechada bóveda, ¡cuánto no hay que contemplar y admirar! Tomemos un grano de arena, examinémosle cuidadosamente, triturémosle, y perderá su unidad, transformándose en partículas infinitesimales, que á su vez pueden subdividirse hasta lo infinito por medio del cálculo. Contemplemos los astros que pueblan el espacio: su titilación llega hasta nosotros á través del éter: parece que viven y respiran, y que en sus rayos de luz nos envían su saludo, sus temores, sus deseos, y esperanzas. ¡Quién sabe! Tal vez en sus esplendentes discos hay sóros de un orden superior, que viven y sufren, que lloran y mueren.....

Pero ¿á qué remontarnos á los espacios inconmensurables? ¿Por qué fatigar la vista con el examen del átomo? Aquí, cerca de nosotros, en nosotros mismos, tenemos un mundo que se presta al examen, esto es, al estudio; mundo incomprendible todavía, y que probablemente lo será siempre: mundo comparable á la caja de Pandora, lleno de vicios y pasiones, de males y dolores; pero mundo iluminado por tres antorchas llamadas Fe, Esperanza y Caridad. Este mundo es el Hombre. La materia lo envuelve y ofusca; resiste y cede; resbala y cae; pero se alza sobre sus ruinas, renace de ellas como el Fénix de sus cenizas; y á semejanza del Hombre-Dios después de su martirio, nunca más grande que después de su caída, cuando rehabilitado por la expiación, se despoja de sus vestiduras terrenales, que son las pasiones.

Y el estudio del Hombre, significa el estudio de la Humanidad; esto es, de las sociedades, ó sea de los pueblos. Estos, á semejanza de los niños, se hieren con las mismas armas con que pretenden herir: no distinguen el bien del mal, sino por medio de la instrucción adquirida con el estudio. Diríjirlos, pues, por el camino del bien; despertar su inteligencia adormecida; educar su corazón inspirándoles sentimientos nobles y generosos; abrir, en fin, ante su mirada vastos y espléndidos horizontes, hé aquí la tarea del periodista bien intencionado.

Y usted, señor Director, se halla en las mejores condiciones para desempeñarla. Joven, y por lo tanto entusiasta, ha comunicado usted su animación y entusiasmo á los que lo rodean. Ahí tiene usted esa pléyada de jóvenes inteligencias, dando sus primeros pasos, haciendo sus primeras armas en *El Estudio* revelando dotes latentes en su organismo, que la práctica y la constancia desarrollarán prodigiosamente, si como es de esperarse, siguen inspirándose en el bien, y en ideas de progreso y de justicia.

Siga usted imperturbable su camino, seguro de que, si acaso hay espíritus egoístas ó indiferentes, que no quieren ó no pueden comprender la sagrada misión que usted se ha impuesto, así también los hay elevados, que, sustrayéndose á las miserias de la tierra, se complacen en ver en usted uno de los apóstoles de la idea, y le otorgan en silencio, la aprobación y los elogios que merecen su abnegado proceder.

Y si mi óbolo, ofrecido en la forma de la más sincera felicitación por sus esfuerzos en bien de la juventud, se digna usted considerarlo de algún mérito, sírvase aceptarlo, en la seguridad de que lo ofrezco á usted de todo corazón

JORGE ISAACS.

El compatriota con cuyo nombre encabezamos estas líneas, es un tipo digno de un estudio especial.

Autor el señor Isaacs de la justamente celebrada novela titulada *María*, que para algunos es superior á *Pablo y Virginia* de Bernardin de Saint-Pierre, su personalidad ha sido no solamente simpática, sino atrayente en alto grado, debido esto á la delicadeza de sentimientos en que abunda la obra citada, y que con sobrado fundamento han sido estimados como la expresión genuina de los de su autor.

Cuando hace ya algún tiempo tuve la fortuna de leer á *María*, cobré al señor Isaacs, á quien no conozco personalmente, aquel cariño entusiasta que las almas juveniles sienten hácia los que interpretan tan delicada como sencillamente, los más puros afectos, las más inocentes y espontáneas emanaciones de almas no emponzoñadas aún por el soplo de las pasiones. ¡ Cuánta naturalidad en las descripciones, cuánta belleza de colorido, cuánta verdad en los sentimientos! Jorge Isaacs fué para mí, el tipo acabado del escritor sentimental, del caballero de nobles sentimientos, de elevadas ideas, de ternísimos afectos. Creí que de la pluma de Isaacs sólo podrían brotar flores, y de sus labios, palabras de consuelo y de amor, de fe, de caridad y de esperanza; y amé, puedo decir, á Jorge Isaacs, con todo el entusiasmo de que es capaz la juventud, no tanto por su genio que admiraba, cuanto por las cualidades que le suponía; agradeciéndole en lo más íntimo de mi alma, las dulces emociones que debía á la lectura de su obra.

Pero ay! Cuánto es hoy mi desencanto! Jorge Isaacs, el poeta de sublimes armonías, rompe su lira que no ha podido producir nuevas creaciones que igualen á *María*, y en su despecho, parece que desea conquistar celebridad en el espinoso campo de la política. Vémosle allí en discursos calenturientos, queriendo sostener todas las causas perdidas; ha-

ciendo uso de la diatriba y hasta del insulto, para defender lo indefensible; esto es, la razón que tenga una facción inhumana y corrompida, á la cual se ha afiliado, para pretender eternizarse en el poder, sin más títulos que la violación sistemática de la Constitución que debe regirnos, y que en sus manos, dándole torcidas interpretaciones, es arma dispuesta siempre á herir á los contrarios, cuando no un pretexto para evidenciarse con toda la fuerza del cinismo, como en San Juan de Cesar, en el Magdalena, y en este Estado, en el memorable 12 de Octubre de 1885; y en otros hechos de reciente fecha, en los cuales campean en toda su repugnante desnudez, las más bastardas ambiciones.

Veimos también á Isaacs convertido en abogado de Rengifo, en la causa en que la conciencia pública ha dado su fallo unánime, condenatorio de sus enormes atentados; y tratando de hacer prevalecer teorías absurdas, que revelan una grave perturbación mental, en quien tiene la audacia de arrojarlas á la faz de la República.

Ya, antes había sido el defensor de la Rosa y Figueredo, cuando se trataba de acusar á estos jefes de su inconsulta expedición al Ecuador, queriendo sentar el ridículo principio, de que Colombia debía ser el Don Quijote de la América, y que era justificable la invasión, porque "en donde quiera que haya pueblos que libertar, hombres que redimir, allí deben acudir los colombianos;" á la vez que prodigaba elogios á los jefes citados, cuando antes bien eran dignos de la mayor censura.

Rengifo expropió, por no usar otra palabra, una fuerte suma del Banco de Antioquia; fusiló á Mac Kew violando escandalosamente la Constitución de Río Negro, y por premio de estas hazañas, sin otros títulos ni merecimientos de ninguna clase, á no ser la posesión de un sable mal ganado en nuestras fraternales carnicerías, se trata de santificar sus crímenes, y se le presenta de candidato para Presidente de la República!!! Y es Isaacs uno de los más encarnizados defensores de Rengifo, y se apoya en la misma Constitución violada, interpretándola á su antojo para cohonestar el proceder de su defendido, y hasta elogios hiperbólicos ofrece en el altar de la adulación, al que *quieren difrazar* de primer Magistrado de Colombia.....!!!

¡Cómo! El poeta de cuyos labios sólo esperaba flores y armonías; aquél de cuya pluma sólo me prometía la satisfacción inefable de las más dulces emociones; el autor de *María*, en fin, se convierte hoy en un politicastro ambicioso y vulgar, vertiendo á raudales el veneno corrosivo de los más funestos errores; en propagador de las más perniciosas doctrinas, en defensor de los más vergonzosos excesos, tanto más dignos de

censura, cuanto es mayor el interés que se toma en hacerlos aparecer justificables, por la misma Constitución pisoteada y escarneida!!!...-

Ah! poeta: bastaba para tu frente la corona de siempre-vivas tejida por *María*, y el cariño fraternal y la entusiasta admiración de tus compatriotas! ¿A qué buscar laureles en un campo ingrato, sobre todo, cuando como lo has hecho tú, escoges en vez del llano y de la vía recta, los más tortuosas y quebrados senderos? Vuelve sobre tus pasos, que aún es tiempo: la misma escena política ha de brindar triunfos á tu talento, si lo hermanas con la virtud

La razón, el deber, la justicia y el derecho, condenan los actos que defiendes, como condenan todos los que emanan de la facción á que perteneces. ¿A qué causarte? El triunfo de tus fatídicas doctrinas es imposible, porque la República entera las rechaza, como obra inmoral de los que, en su día, serán llevados á la picota de la infamia; que no otra cosa merecen los que en aras del interés personal, sacrifican sin misericordia, los muy valiosos y trascendentales de su patria. Verdadero parricidio de que la Historia justiciera ha de tomarles estricta cuenta!...

Recoge, poeta, tu olvidado laúd; y en aquella casita, á la falda de la colina á cuyo pié murmura suavemente el Cauca, evoca la sombra de la tierna *María*, para que te inspire cual ella, obras inmortales.

SEÑOR DON JOSÉ A. DÍAZ.

Panamá.

Querido amigo:

Acabas de perder lo que hay de más grande sobre la tierra para el hombre, y tu llanto no puede enjugarse. Lloro, llora, amigo mío.

Una madre!—Tesoro de infinita ternura, manantial purísimo de un amor inmortal, ¿quién podrá reemplazarlo?

Madre!—Palabra dulcísima que significa abnegación y sacrificio: á veces, arca santa de dolores desconocidos, y en otras, depósito sagrado de inefables alegrías.

Madre!—Providencia del hombre en este valle de amarguras, ya velando nuestra cuna y dirigiendo nuestros primeros pasos, ó ya enjugando nuestras lágrimas y suavizando con sus consuelos y consejos los rigores del destino.

Védla solícita en nuestra primera edad, por todo lo que puede aumentar nuestros goces infantiles, cubriéndonos de caricias y santificando con sus besos nuestra frente.

Más tarde, cuando agobiados por el pesar, el horizonte de la vida se enluta para nosotros, y brama la tempestad sobre nuestras cabezas; cuando las ilusiones desaparecen al contacto de la realidad, y el amor y la amistad nos faltan ó nos traicionan; cuando la envidia, la ambición ó la ingratitud han herido vuestra alma, dejando en ella su ponzoñoso dardo; cuando el mundo poblado de nuestros semejantes, es para nosotros un desierto; y cuando todo nos desampara y abandona, entonces, oh! entónces, hay un seno bendito en donde reposar nuestra abrasada sien, una mano carifosa que nos bendice, unos labios que dirigen por nosotros al cielo la más ardiente plegaria.

Una madre es el ángel del consuelo y de la esperanza en nuestras tribulaciones, siempre amante, siempre fiel, siempre abnegada y mártir. Su amor no exige ni puede tener recompensa sino en el dolor y el sacrificio, porque es inmortal. Nada terrenal lo mancha, pues ha sido puesto por Dios en su alma como símbolo del amor verdadero, puro, desinteresado, eterno,

Y tú, amigo mío, acabas de perder todo esto!—El vaso que contenía ese tesoro ha sido roto por la Providencia : la tierra ha vuelto á la tierra, pero la esencia divina ha volado al seno del Eterno. Dios ha recogido el soplo purísimo con que á EL plugo animarla, legando á sus hijos, y á la sociedad de que era ornato, el ejemplo de sus virtudes.

Llora, amigo mío, que nada puede reemplazar al bien perdido.

Nunca más recibirás sus caricias y consejos : nunca más contemplarás sus ojos humedecidos por el placer ó convertidos en raudales de tristeza, según haya sido tu vária fortuna : nunca, ah ! nunca más, volverá á santificar con sus besos tu frente.

Pero en tu mismo dolor habrás de encontrar fuerzas para soportarlo, resignándote á un decreto inevitable.

Puesto que hay un cielo para la virtud, allí está ella, y sus preces por los que tanto amó y que ha dejado huérfanos, no serán desatendidas por Aquél, que así dirige el vuelo de la avecilla en el espacio, como calma las olas del agitado mar y acalla las tempestades.

Tu llanto, recogido por ella en mística redoma, lo ofrecerá en holocausto al Sumo Bien, quien te dará en galardón, resignación y paz.

LA FELICIDAD.

Á mi amigo el poeta y literato don MANUEL GAMBOA.

Se ha escrito tanto sobre esto tema, que ya parece agotado; y sin embargo, un observador puede siempre agregar algo de su cosecha, lo que, á las veces, puede no ser otra cosa sino una repetición.

¿Qué es la felicidad? ¿En qué consiste? ¿Quién es feliz?

Un escritor contemporáneo ha dicho, que el secreto de la felicidad consiste en no haber nacido. Pero esta es una prograssada de á folio, porque la idea de la felicidad presupone la de la existencia. El *no ser*, no es susceptible de apreciación.

El placer y el dolor, refiriéndonos á los sentimientos morales, son únicamente aplicables á la raza humana; y no se concibe la vida, sin la alternativa entre uno y otro conservando de esta manera el equilibrio en el modo de ser de los hombres.

La felicidad continuada embotaría sus facultades, enervando su organismo; así como el dolor sin intermitencia, aniquilaría toda noble aspiración del alma. Pues digan lo que quieran moralistas y materialistas, bien que el pensamiento sea inspiración divina ó producto de la masa cerebral, es innegable la inmediata relación entre el cuerpo y el alma.

Hé aquí un ejemplo. Un hombre afectado por un dolor físico, por gran suma de entereza que se le suponga, no puede concretar sus facultades mentales, si bien creemos más fácil que retenga toda la energía de su moralidad. Y así mismo, cuando el alma sufre, el cuerpo no siente necesidades: una exigencia de éste, es indudablemente, síntoma seguro de alivio en aquella.

Pero, ¿en qué consiste la felicidad? Ah!—¿a veces en tan poca cosa! Para unos, y son los más, la felicidad es un sueño de oro: la riqueza es la gran aspiración.

Tener dinero para gastar dinero, ó para guardarlo, según los gustos; el todo es tenerlo; y para tenerlo, no se come, ni se bebe, ni se duerme bien, soñando con que á su tiempo, se hará todo eso como Dios manda.

Por ahora, el único pensamiento es una operación aritmética;—la multiplicación. Hé aquí el problema:

Hay en caja diez, cien, mil pesos;—¿cómo multiplicaremos estas cifras? Primero imaginaremos multiplicarlas por los números dígitos, por 2, 3, 4; pero en seguida encontramos que no es bastante; es necesario elevar el multiplicador, y hétenos millonarios en un dos por tres.

Al fin, la sepa se ha enfriado mientras resolvemos nuestras cálculos, ó la aurora de un nuevo día, viene á sacarnos de nuestras cavilaciones y delirios.—Suma total: dos enfermedades; dolor de cabeza y desengaño.

II

Hay otros,—todavía los hay—que cifran la felicidad en el amor. Mas, no queremos tratar del amor sensual que sólo rinde culto á la Venus impúdica; nos referimos al amor llamado *platónico*. á lo menos, por su origen y primeras manifestaciones; á ese sentimiento, que elevando el alma á la región de lo ideal, la dispone al heroísmo, y por lo tanto, al sacrificio.

Amor!—Aroma desprendido del broche de la flor en toda su pureza, y recogido, cual en mística ánfora por un corazón inocente! ¿Quién no ha sentido tu influencia? ¿Quién no ha recogido con delicia inefable, con arrobamiento indescriptible, y una á una, todas las emanaciones embriagadoras de otro sér que deseamos confundir con nuestro sér en el delirio de un sentimiento divino ó inexplicable?

Quién . . . ? Pero á qué continuar?
Mientras se llamen perlas á las lágrimas,
¿Quién no habrá de llorar?
Cuántas perlas en fango convertidas,
Ay! son agua á la mar.

Lector, ¿has visto llorar alguna vez á la mujer amada? ¿No habéis recogido en vuestros labios las brillantes gotas del rocío del sentimiento? Y fíjate lector en aquello del *ro-*

cio del sentimiento; porque así como una paradoja, puede ser también una verdad.

Todo el mundo ama, ó ha amado alguna vez; y si por desgracia las primicias del amor se estropean, por lo general contra un imposible, ó se anegan en el fango de la impureza, ¿á quién deberá culparse?—¿Será á la púdica virgen y al apuesto mancebo que coden, sin pensar que deliñquen, á los instintos de la naturaleza?—¿O será á la sociedad avara de sus privilegios, desviada su opinión á veces, pero á la larga, justiciera?

Estas son cuestiones que resuelve la conciencia.

Pero, ¿á dónde me llevas, imaginación soñadora? Se trata de la felicidad, y, evocando recuerdos, puedo deducir, que la felicidad es un mito, y como tal, impalpable ó imposible.

Pasemos

La felicidad en el amor consiste en ser amado: esto es el primer suspiro, la primera etapa del largo camino.

El sueño huye de los párpados, el apetito se pierde, los celos muerden al corazón como serpientes, el suicidio se presenta como un refugio salvador. Pero á fuerza de llantos y lamentos, de quejas é imprecaciones, una bella mañana, adivinamos más bien que oímos, por el movimiento de unos labios de rosa, el anhelado *sí*. Ah! la escena cambia como por encanto.

El antes desesperado, se vuelve loco de contento: ya es amado !

Pero ¿será verdad? Primera duda que asalta al espíritu; y esa duda, acibara ese suspirado instante, alcanzado ya. Protestas y juramentos siguen invariablemente, y después, celos y lágrimas.

Cae el telón y termina el primer acto.

Y después? Vamos, después, lector, el amor que exige y el amor que niega, la resistencia que irrita, la desconfianza que desazona; el temor, la esperanza, el delirio; y después? Después . . . ! á veces la amistad reemplazando al amor, al amor de la lumbre y con un cerco de chiquillos; y otras, que son las más, el remordimiento, la vergüenza, el hastío de la vida en rincón oscuro, cuando no una cama en un hospital para la víctima; y el olvido acaso, ó un recuerdo pasajero de un triunfo efímero y culpable, es todo lo que conserva el victimario, de aquellas horas de desesperación, de aquellas lágrimas, de aquel delirio. Una vez exprinado el jugo de la flor, ¿á qué conservarla ya marchita y ajada?

Ay! que todo triunfo engendra un nuevo deseo. Y éstos se siguen sin tregua, sin intermitencia.

Luogo la felicidad en el amor es una mentira,

III

Quizás la Gloria tiene el poder de atar á su carro á esa coqueta deidad.

Veámos ¿qué nos dice la Historia?

Si buscamos el Diccionario, en una de las acepciones de esa palabra, que es en la que la usamos ahora, encontramos, —“majestad, esplendor, magnificencia, reputación, fama, honor, etc.,” esto es, que se nos otorgan una ó algunas de estas gollerías, y estaremos en el pináculo de la Gloria.

Muchas veces se otorga á los que ya no existen, en la forma de ricos mausoleos y de pomposos discursos, epiteyos y oraciones fúnebres; lo cual, sea dicho de paso, aprovecha tanto *al qué fué*, como la Carabina de Ambrosio. Y por lo general, esos elogios póstumos, se deben á los mismos que se ensañaron en contra de los que hacen más tarde, gala de estimar.

Pero hay algunos, raros mortales, que han saboreado en vida la Gloria, en forma de adulación; que han aspirado el incienso embriagador del murmullo popular; que han vi to inscritos sus nombres en mármoles y en bronces, y su efigie elevada á los Cielos en columnas de pórfido y granito; que han habitado palacios encantados, repletos de las maravillas del lujo y la voluptuosidad; que como Sapor á Valerio, han tenido por peldaños no sólomente para subir sobre sus caballos, sino para escalar el trono, en vez de la espalda de este miserable rey, las manos y el corazón, el alma y la conciencia de una pléyade de sicofantas!

Mas, veamos el reverso de la medalla:

El aura popular se ha convertido en huracán; el incienso está emponzoñado; los bronces y los mármoles, las columnas y las efigies, han sido arrasados por el síncouo de las pasiones; los palacios han sido reducidos á cenizas; y los aduladores del dios Éxito, sin decir adios al ídolo caído, han levantado altares al nuevo sol que asoma por el horizonte.

Los hijos de la Gloria, van, por lo común, á expiar sus grandezas en una mazmorra, en donde, en ocasiones, el puñal asesino los liberta de la vida, ó arrastran una existencia miserable, roída incensantemente por los recuerdos, que ovocan á menudo la ingratitude y la perfidia.

En la antigüedad, para no citar más que uno, Dionisio de Siracusa es un ejemplo: en los tiempos modernos, la Roca de Santa Helena y la Hacienda de San Pedro Alejandrino, pobladas de recuerdos grandiosos aunque contradictorios, dan testimonio de lo que son las glorias humanas.

Verdad es que la humanidad suele volver sobre sus pasos, y hace tardía justicia, cuando las sombras de los que fueron, por ser ya sombras nada más, no pueden atravesarse en el camino de nuevas ambiciones. *Sic transit gloria mundi.*

IV

Pero hay glorias de otro orden; y ¿por qué no decirlo. Todos ambicionamos algunas partículas, por diminutas que sean, de ese manjar de los dioses, aunque sin probarlas, se pierdan muchas veces "en el espacio de una mañana."

Los poetas, los escritores en general, los que se queman las pestañas, robuseando antiguallas para escribir el mentiroso libro de la Historia; los que piden aspiraciones al Sol que vivifica con su calor la tierra, al estruendo del torrente, al rumor del Océano, al arrullo de la tórtola, al murmurar del arroyuelo, á los trinos del ruiseñor, y á los arpegios del canario; así como al rugido del león y al fragor horrisono del trueno; los poetas, en fin, esos locos fantásticos, espíritus desequilibrados en este mundo sórdido y prosáico; y los batalladores de la prensa, gladiadores incansables, que sin otra arma que la idea vertida a torrentes sobre los pueblos, romueven y trastornan el Universo; todos, todos anhelamos o aplauso contemporáneo y la admiración de los que nos sobre vivan.

Mas, hay celos en la atmósfera contemporánea; y tras de la tumba, el olvido.

Tratamos de tejer guirnaldas para nuestra frente; y hoja por hoja las arrojamos á los vientos: en cada una de ellas vá escrito un poema de amor, y por lo tanto, de martirios. Quisiéramos recoger compasión ó aplausos; pero si se leen, se critican y olvidan. Y cuando vacilantes por el cansancio, próximas á romperse todas nuestras fibras, sangrando el corazón, que no se hiela cuando se quiere, y llevando un volcán en la cabeza que ambicionaba coronas, — levantamos, trémulos de temor y esperanza, el velo que nos oculta el templo de la Gloria, á cuyo umbral creemos haber llegado; ay! — lejos, muy lejos; allá, en los confines del horizonte, casi tocando á los Cielos, se divisan, entre brumas, los destellos que se desprenden del templo de la inmortalidad.

Una estridente carcajada nos llama á la realidad. Pálidos, extenuados, roto en pedazos el corazón, devorados por el desengaño, vacilantes aún, y sin fuerzas para la lucha, lanzamos un grito de desesperación, último grito cuyo eco se

pierde en la inmensidad ; y al recoger las flores que íbamos á ofrendar en los altares del templo inaccesible, sólo llevamos á nuestra frente, polvo y ceniza.

V

Y la felicidad ? Es una hada como las de los cuentos maravillosos. Ah ! fantasma, que te alejas más, mientras más creímos alcanzarte ! Diosa que nos deslumbras con tu falso brillo ; ¿ se te encontrará acaso en la *nada* ?

¿ Quién es feliz ?—Conteste Victor Hugo, en las siguientes-estrofas de una de sus más bellas composiciones, cuya traducción no es nuestra.

“ Nadie es feliz ; la vida es para todos
Una carga incompleta, abrumadora :
La hora es una sombra , y nuestra vida
Se compone de horas.

Todos se quejan de su amarga suerte :
Nadie vive feliz, nadie reposa :
Todo nos falta en este mundo, todo !
Es decir..... poca cosa !

Un nombre, una mirada, una sonrisa,
Un poco de oro, una palabra vana :
Hé ahí la miseria porque tanto
Cada uno se afana !

Faltan al rey la dicha y los amores ;
Al desierto, una gota de rocío.....
El hombre es un abismo donde nunca
Se concluye el vacío.

Vé esos héroes y grandes pensadores
Que divinizan pueblos numerosos,
Y que en el cielo de la humana gloria
Fulguran majestuosos ;

Después de iluminar al mundo entero
Con los destellos de su genio, han ido,
A buscar en el fondo de la tumba
La sombra del olvido.”

Después de tan bellos pensamientos, concluyamos citando á Fernán Caballero :

“Resignarse, es dulcificar el dolor, respetándolo como compañero.”

LA PATRIA.

¿ Os habéis ausentado alguna vez del suelo en donde os cupo en suerte nacer ? ¿ No habéis, en tierra extraña, vuelto vuestros ojos hácia el lado del horizonte en donde se halla el rincón bendito, en el cual habéis dejado vuestras afecciones ? Patria ! nombre dulcísimo, amantísima madre que también nos ha llevado en su seno y nos alimenta con la sávia de su vida ! ¿ Quién podrá no amarte ? ¿ Quién que no sea un monstruo, podrá no ofrendar en tus altares sus tesoros y su existencia ? . . .

El amor patrio y el amor materno, son los únicos que no engañan jamás, que no mienten sonrisas, y que no exigen otros sacrificios, sino los que dicta el mismo noble y desinteresado amor que es pagado con usura. Que no es la patria, la ambición que se personifica y produce la envidia, el odio y todas las malas pasiones. La patria es la tierra, el aire, el Sol, los árboles, las flores : es la iglesia á donde nos conducen nuestros padres á enseñarnos á orar : es la campana de la suntuosa catedral ó de la humilde capilla de aldea, cuyo eco vibra siempre en nuestros oídos, porque se halla impreso en nuestra alma con la fuerza de un recuerdo santo. La patria es la escuela en donde recibimos las primeras lecciones : el hogar bendito en donde nos acariciaban nuestros padres : el cementerio en donde reposan sus cenizas. Ningún cielo más puro que el de la patria, ni más estrellado, ni de más brillantez. El aire de la patria tiene perfumes que no tiene en tierras extrañas, en donde el Sol no abriga, ni las fuentes murmuran, ni tienen las flores aromas y ambrosias.

La naturaleza humana, ansiosa de emociones, suele hallar en la variedad el encanto de la vida. Nos cansamos de la felicidad monótona y tranquila, y corremos desalados en pos de la fortuna, que no es de quien la busca ; de los amores y placeres de un día, que sólo dejan en el alma amargos desengaños. Hallamos estrecho el horizonte de la patria ; y al dejarla, sin embargo, no hay quien no sienta humedecerse sus ojos, cuando vé á lo lejos hundirse lentamente la ribera querida. Sureamos los mares, visitamos las grandes capita-

les del mundo, admiramos sus soberbios palacios; sus suntuosos templos; gozamos con todos los goces que brinda el refinamiento de la molición á que ha llegado nuestro siglo: adquirimos ideas nuevas y nuevas costumbres, que llegamos á olvidar momentáneamente arrullados por la dicha. Pero la desgracia vela á nuestra cabecera y nos despierta rudamente; y entónces, oh! entónces, á semejanza del hijo pródigo, volvemos nuestros ojos anegados en llanto hácia ese bendito rincón de tierra donde quedaron nuestras alegrías y nuestros dolores:—en donde una madre con los ojos fijos en el horizonte, espera nuestra vuelta florando nuestra ausencia. Entónces se agolpan á la imaginación todos los recuerdos, y buscando lenitivo al dolor y al desencanto, volvemos nuestros pasos hácia el abandonado hogar, en donde tenemos ángeles tutelares que enjuguen nuestras lágrimas, que curen con el bálsamo del consuelo las heridas del corazón, cuando en busca de la felicidad, sólo hemos conseguido dejar por donde quiera girones de nuestra existencia. . . .

Pero el amor patrio debe considerarse como sinónimo de abnegación; y el engrandecimiento de nuestro país, su felicidad y bienestar debieran ser nuestro constante anhelo. Que las ambiciones personales cedan el puesto á los intereses generales: que no nos ofusque el deseo de un falso brillo; y no pretendamos tampoco traspasar los límites que nuestra educación y aptitudes nos señalan. Concedamos de buena gana el primer lugar á la virtud y al talento, y no levantemos falsos ídolos, que caen á pedazos al soplo de la verdad. Todos, en nuestra esfera de acción, podemos servir á la patria, porque su engrandecimiento ha de depender de los esfuerzos unidos de sus hijos. Una inmensa mole de granito se compone de partículas infinitamente pequeñas, adheridas entre sí en virtud de la ley de la atracción; y el óbolo de cada uno, unido al de los demás formará el más bello monumento de amor y gratitud á la patria.

La realización del Canal interoceánico, abrirá á Colombia y particularmente al Istmo, un brillante porvenir, si procedemos con la cordura necesaria para no dar pretextos á los que no pueden menos que mirar con envidia y codicia esta privilegiada faja de tierra, cuna nuestra y de nuestros padres, y que está llamada á ser un día tal vez, la capital del mundo.

Paz y cordura para disfrutar de las conquistas del progreso, es todo cuanto nuestra pobre y desgraciada patria desea y necesita de sus hijos.

LA CALUMNIA.

De todos los animales, el que llamamos *racional* es el más feroz; y sostenemos esta tesis, fundándonos precisamente en las dotes que ha recibido del Cielo, y que á impulso de las pasiones degeneran hasta reducirlo á un nivel inferior al de los *irracionales*.

Una de las manifestaciones palpitantes de esta verdad, es el uso que hace el hombre de sus facultades intelectuales, empleándolas no sólo en la destrucción física, sino en el aniquilamiento moral de la sociedad atacada en sus miembros. Para conseguir su fin, cuenta con las pasiones, auxiliares poderosos, ó bien, agentes principales de todo lo malo; y una de sus expresiones más claras, de más funestos resultados, y que revela hasta dónde puede llegar la perversidad humana, es la *calumnia*.

Atentar contra el honor y la tranquilidad de los individuos y de las familias, haciendo suposiciones antojadizas y criminales; lanzar un nombre honrado y respetable, á todos los vientos en alas de la difamación, sin fundamentos de ninguna clase, por el solo placer de hacer el mal, prueban á no dejar duda, que el corazón humano, fuente de las más nobles inspiraciones, puede llegar á ser ó es, de nacimiento en algunos individuos, una sentina en donde tienen cabida todos los vicios, en donde germinan y fructifican todas las malas pasiones.

Menos feroz el tigre, descuartiza por necesidad su presa, como un acto que le impone el hambre, y es natural que duerma tranquilo después de satisfecho. Pero el hombre que hiere una reputación sin fundamento alguno, por el placer de descargar su colera sobre lo primero que se presenta á su imaginación, dando rienda suelta á sus depravados instintos, sin pesar por el mal que hace, como sin dolor por los dolores que causa, ese hombre es mil veces peor que una fiera, y peor también que el asesino, que hiere el cuerpo sin herir el alma.

Para los que han llevado siempre con orgullo el nombre respetado de sus padres, sacándole ileso al través de las vi-

cisitudes de la vida, la calumnia cuando llega á herirlos, si bien apoyados en su inocencia y en la estimación pública pueden desafiar al calumniante, no resbala, no, como sobre una plancha de metal bruñido, las gotas de veneno que quieran arrojársele; sino que deja honda huella, herida que sangra siempre en el alma; es como el dolor que produce en corazones bien puestos, el hecho de rasgar con torpe mano el blanco velo de las Vestales. La flor no pierde su perfume ni su fuerza porque la azote el vendabal pero queda herida de muerte con su rudo embate, como hiere de mortal tristeza el alma el dardo emponzoñado de la calumnia.

La indignación que toda alma noble siente al verse herida en su inocencia, cede luego el puesto á la tristeza. ¿Qué les he hecho á los hombres, llamados mis hermanos, puede preguntar el calumniado, para haber sido víctima de tanta iniquidad? ¿Si en mi alma no hay ódio, sino sentimientos de amor hácia la humanidad, por qué he de recibir por recompensa tan amargo caliz?

¡Ay! Contestemos al calumniado.

“No condenes la sociedad como lo hizo el que dijo, que del corazón de ella había sacado las manos llenas de cieno, teniendo que correr á lavárselas en el arroyo”. Nó; la sociedad te hace justicia cumplida, no admitiendo ni siquiera á examen la calumnia, y rechazándola perentoriamente por inverosímil ó imposible. No juzgues de la sociedad por algunos miembros corrompidos, á quienes, puede decirse que ella no reconoce como de su seno. Esos hombres están cegados por el espíritu del mal: llevan serpientes en su corazón y en su cabeza; y en sus descarnadas manos, dardos envenenados, dispuestos siempre para herir en la dirección que le indiquen sus bastardas pasiones. La sociedad los pesa y aquilata, los conoce y juzga, y su fallo es terrible para su arrojo temerario y criminal. Y por lo que hace á la pureza y virginidad de tu alma, el sacrilegio no puede mancharla, que hasta el altar en donde se rinde culto á la razón, la verdad y la justicia, no llegan los miasmas deletéreos de las pasiones, que disiparía el incienso místico de los nobles sentimientos.”

Esto podría decirse al calumniado.

Y con respecto al calumniador, éste incurria según la legislación antigua, en la pena del talión, esto es, en aquella que habría merecido el acusado, si se le hubiera probado el delito que se le atribuía. Hoy es de deplorarse la lenidad de los castigos que imponen nuestras leyes a la tentativa de *asesinato moral*; que así debería llamarse la calumnia. Y este es el motivo por qué la víctima tiene que conformarse, por lo general, con el desprecio merecido con que la sociedad debe abrumar al victimario.

LA TARDE EN EL CAMPO.

MEDITACIÓN.

Nada hay más poético, ni más tristemente bello, que una tarde en el campo. Es la hora en que la naturaleza causada de las faenas del día, *perezosa y soñolienta*, vá á entregarse al descanso. Los ruiseñores lanzan sus últimos trinos en señal de despedida al Sol, y las tórtolas se retiran á sus nidos arrullando á sus polluelos. Las avos nocturnas comienzan su ronda en medio de las tinieblas, y graznan saludando á la noche que es su día. Las fieras salen de sus guaridas en busca de la presa adormecida, y el ruido de sus pasos al quebrar las hojas que ruedan por el suelo, el chillido intermitente de algún insecto entre la hierba, ó el monótono y suave murmurio de un arroyo, interrumpen el silencio imponente de las soledades que forman su reino.

¿ Y el hombre? Para el sér á quien se ha dado el imperio de la tierra : para ese sér privilegiado, que es sin embargo una mezcla de grandezas y de pequeñeces, la hora del crepúsculo vespertino es la hora de las tristezas y de los recuerdos.

Cuando en una tarde de verano el Sol se oculta tras las lejanas sierras y á su esplendor sucede esa luz tibia y dudosa que hace indecisos los objetos, que poco á poco van cubriéndose de sombras, como si una cortina de gasa se interpusiera ante nuestra vista, entonces parece como que nuestra esencia inmortal se separa de la materia que la contiene, y remontándose á las regiones de lo desconocido, empapándose en luz y armonía celestiales, contempla con tristeza indecible y con dolor inmenso las miserias que afligen á la humanidad y que, por lo general, se reputan como el fin último de la vida en el planeta que habitamos.

Un poco de oro para unos, una mirada ó una sonrisa para otros : un nombre aunque sea conquistado con lágrimas y sangre ; ó una fama perecedera que encubre, por lo común,

grandes nulidades: hé aquí en resumen, el gran *desideratum*, lo que forma el *summum bonum* de los hombres.

La sociedad es un campo de batalla, y la victoria es, por lo general, no de los más fuertes, no de los más abnegados, no tampoco de los que ostentan sobre su frente la corona del genio que es también la del martirio, si no de los más osados, de los que, materializándolo todo en su beneficio, llevan su audacia hasta el cinismo, y su impudencia hasta la jactancia: los aduladores del dios *éxito* en cuyos altares queman incienso el interés y el servilismo. Y estos individuos, que por desgracia forman la gran mayoría, son los que obtienen, repartiéndoselos, los honores y las grandezas! Pero ¡oh justicia del cielo! cuando sobre sus tumbas no llueven maldiciones, es porque las custodia cuidadosamente el olvido.....

Un poeta, uno de esos seres poco ó nada comprendidos, espíritus errantes que parecen vagar por esferas superiores, y que sin embargo penetran con las miradas del alma hasta en los últimos pliegues del corazón humano, en el más recóndito é intrincado laberinto de las sociedades; ha escrito, revelando el más desgarrador descosuelo, la siguiente estrofa:

Corazones de bronce, almas de piedra
Quiere la sociedad: torvo egoísmo,
Crimen ó disecado estoicismo;
Hé aquí su fé, su símbolo, su cruz.

Colón descubriendo un mundo revelado á su genio: el Taso pidiendo en su miseria á su gata la luz de sus pupilas para poder escribir en la lobreguez de su calabozo sus poesías inmortales: Cervantes, Camöens, y tantos otros varones esforzados, que nos han legado obras imperecederas, murieron víctimas de la ingratitud y el abandono. Ellos legaron al tiempo el encargo de vengarlos, y este gran reparador de injusticias, ha hecho innecesarios para su memoria las estatuas y los mausoleos!

.....

Es triste, tristísima la hora del crepúsculo vespertino en el campo. Se siente una melancolía vaga é indefinible que se quisiera poder traducir en palabras. El filósofo, el poeta sienten un torrente de inspiraciones que son como efluvios desprendidos de la naturaleza, como raudales de armonía descendidos del coro celestial. Dichosos los que saben sentir, aun cuando sobre ellos pese el anatema de la tierra! Dichosos los que, en sus mismos dolores, hallan consuelos inefables que se escapan á la penetración del mundo, que no pueden comprenderlos!

Después de todo, ¿qué somos? Átomos imperceptibles, aves de paso construyendo, como si fuéramos eternos, nuestros nido; que desbarata y destroza el huracán. Nidos en donde se alberga la esperanza, que suele degenerar en ambición: la amistad, que á las veces vela la desconfianza: el amor, por lo común emponzoñado por los celos: el deber exagerando, que se transforma en crueldad, y por último, silenciando amarguras sin cuento, la libertad, invocada por la licencia!

¿Adónde vamos? La Religión nos ofrece el Paraíso; el materialismo, la nada por término del viaje. Seamos religiosos y creyentes, pues si algo puede mitigar los dolores de la vida, es la esperanza de la paz eterna.

.....
 Ya es casi de noche.—El Sol se ha ocultado por completo tras la lejana cordillera, dejando en pos de sí, caprichosas nubes de carmín y gualda. Mi alma se siente sobrecogida de tristeza: oprímese el corazón al aspecto de la naturaleza adormecida, que podría decirse muerta; y víenenseme á la memoria los bellísimos versos del poeta-mártir cubano, Juan Clemente Zenea:

Baja Arturo al Occidente
 Bañado en púrpura régia,
 Y al soplar del manso alceio
 Las eólicas arpas sueñan,
 Gime el ave sobre un sauco
 Perezosa y soñolienta;
 Se respira un fresco ambiente,
 Huele el campo á flores nuevas.
 Las campanas de la tarde
 Saludan á las tinieblas,
 Y en los brazos del reposo
 Se tiende naturaleza!.....

Quando los últimos rayos del Sol al ocultarse, hieren la frente del moribundo ó iluminan su última sonrisa, ó la suprema expresión de su dolor, dichoso él si aún puede concebir en el supremo instante la dulce y consoladora esperanza, de que el Astro-Rey acompaña al seno del Eterno su espíritu inmortal.

Á LUÍS R. ALFARO

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

“Probó la amarga copa de la vida,
Y no quiso beberla toda entera ;
Su cabeza volvió cual si quisiera.
El disgusto mostrar por la bebida,
Y remontóse el ángel á otra esfera.

Traducido del inglés por M. J. P.

Un niño es una flor en botón : su aroma, custodiado por los ángeles, no se esparce sino cuando la vida con sus dolores y tribulaciones vá abriendo poco á poco su corola ; y luego, véense sus pétalos marchitos, rodar á impulsos de la tempestad. Verle crecer y sufrir, es como ver abrirse ese botón, símbolo de pureza y de inocencia y sufrir los embates del vendabal : es ver que una á una caen, para no levantarse más, las ilusiones, así como también el turbión lleva á lo desconocido el perfume de la flor.

Feliz aquel que muere sin comprender la vida ! Feliz, mil veces feliz, el sér que no ha tenido tiempo para saborear el dolor !

Los cielos se abren ; las orquestas celestiales entonan sus melodías ; los soles brillan en toda su esplendor, cuando un ángel más llega al trono del Eterno. Y el padre le lleva á su seno, le colma de bendiciones y caricias, y le hace el abogado de los que por él lloran en la tierra. Allí, en el Coro celestial, se alza su purísima voz, pidiendo para todos los suyos resignación y consuelo.

LA AMBICIÓN.

Llámase *ambición* el deseo immoderado de honores, fama, riquezas, etc., y en términos generales, en lo que respecta á éstas últimas, es sinónimo de *codicia*.

Es bien sabido que toda posesión engendra un nuevo deseo ; y como siguiendo esa serie no interrumpida de alternativas, jamás se llega á un término, la ambición, según Selgas, es como el tonel de las Danaides, imposible de llenar.

Haced á un hombre Dios hoy, dice el mismo Selgas, y querrá ser *más* mañana.

Parece que la ambición es vieja, remontándose su origen á Luzbel, pero en nuestros tiempos, sin variar las cosas de fondo, si aparecen distintas en la forma.

Á la ambición de fama y honores, se le llama *Gloria* ; á la de riquezas, *actividad, trabajo, energía, viveza* : este último calificativo, compendiando todos los otros, es el más adecuado, aunque en muchos casos sería más acertado decir, *explotación*.

Según Labruyère, “ el esclavo no tiene más que un Señor ; y el ambicioso tiene tantos, como personas pueden aumentar su fortuna ”

Masillón dice : “ Para el hombre ambicioso, el buen éxito disculpa la ilegitimidad de los medios.”

Y Vauvenargues agrega : “ Menos afrentas se ve obligado á sufrir el cobarde que el ambicioso.”

Suma total : la ambición que siempre tiene tendencias á subir, no puede hacerlo sino arrastrándose.

Si la ambición llamada de gloria, es el deseo de elevarnos sobre los demás, los peldaños de la escalera de que se ha hecho uso para subir tan alto, dan testimonio, por lo general, de la bajeza de esa elevación.

Aparte de que, á menos de dar un salto, lo que sucede á menudo en contra de la voluntad, hay que *descender*, bajando los mismos escalones.

Si por ambición entendemos el deseo immoderado de riquezas, la comparación de Selgas, citada ya, no puede ser más exacta.

Un tonel sin fondo, es claro que no podrá llenarse jamás; y el oro, contado por millates de toneladas, nunca podrá colmar el vacío de ese otro tonel sin fondo llamado el corazón humano.

Y cuenta que dicen, sin duda los que han podido verificarlo, que un millón en oro, *sólo* pesa dos toneladas.

Pero la riqueza, además de ser insaciable, ó quizás á cansa de lo mismo, es absorbente por naturaleza.

Por eso han dicho tal vez, que es peligrosa la vecindad de un gran señor.

En efecto, el predio limitado y mezquino del pobre, del cual, á fuerza de regarlo, con su sudor, obtiene el sustento de su familia, puede ser *necesitado* por el magnate que cuenta céntenares de acres, para establecer en él una perrera para su jauría.

La casita que linda con uno de los más apartados pabellones del suntuoso palacio del potentado, afea, según éste, el conjunto del edificio: y *debe poseerla*.

A la verdad, no sabe á qué habrá de destinaria; pero bien podría hacer construir en ése sitio otra elegante pesbrera. Sus caballos estarán mejor acomodados.

Y como las nociones del *Deber*, interpretadas por la *Codicia*, se reducen á la satisfacción de todo deseo que pueda conseguirse con oro, el predio y la casita pasan á ser propiedad del gran Señor, quien, para obtenerlos, compró á vil precio las deudas del infeliz propietario, á quien no ha hecho gracia siquiera de los intereses.

Entre tanto, el despojado se aleja llorando de ese predio y de esa casita, cuna de sus abuelos y de sus hijos, y en donde esperaba tener un rincón seguro para su tumba. Y al ver el humo que en espirales se oieva al Cielo de sobre el techo de su perdida estancia, quizás recuerda los melancólicos versos de Gutiérrez González:

Ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya no es mía la casa paternal.

Pero según el potentado, él sólomente ha hecho uso de un derecho. Tiene oro, y como los medios no le importan, él compra hasta lo que no se vende.

Su manera de raciocinar sobre la materia, es á su juicio irrefutable; pues cita en su apoyo nada menos que á Dios, haciéndole su cómplice. “En el mundo, dice, hay pobres y ricos; y si así lo ha dispuesto Dios, yo no debo oponerme á sus miras, salvando de la miseria á los que Él ha tenido á bien sumir con ella. Yo temería atraer sobre mí la cólera celeste.”

Oh! admirable argumentación!

“Amáos los unos á los otros,” dijo el Salvador del Mundo.

El hombre dice : “al prójimo contra una esquina.”

Luego se practica la doctrina evangélica, con la sola diferencia de que se ha interpretado de acuerdo con los progresos del siglo.

Ya se vé, marchamos tan de prisa, que hasta á Dios vamos dejando atrás.

Pero hay una planta á la cual poco se adhiere la ambición, y se llama la *Virtud*.

Por lo menos, si el hecho existe es raro, y quizás se oculta el ambicioso de virtud entre las sombras de la pobreza; y hace bien porque esa ambición, aunque no la considera el mundo codiciable, escasea mucho en estos tiempos en que sólo se festejan los triunfos de las grandes ambiciones satisfechas.

Es un hecho, que para la generalidad de los hombres, lo que hace mucho bulto es lo que excita su admiración : parece que el volumen es para ellos, generador del entusiasmo, el cual prodigan en proporción á la cantidad.

Y es por esta razón que el mérito modesto y la virtud humilde, pasan á su lado desapercibidos. Estos son títulos que no hacen ruido ; y en el comercio de la vida no son valores negociables, apesar de que debieran serlo, á causa de su rareza.

El oro vale por su escasez; el día en que este metal, por su abundancia, se pusiera al alcance de todas las manos, pudiera suceder que el carbón lo reemplazara, y quizás habría una ventaja : en las manchas que dejara este nuevo Dios en las manos, tal vez podrían descifrarse las de la conciencia.

Por lo que hace al oro, lo que sóiamente ha podido averiguarse es, que por lo común, refleja su color sobre el rostro de sus inmoderados adoradores. Y es lo menos que podía hacer, aunque á veces, á semejanza del carro de Jagrenatta, aplasta á los que se postran á quemarle incienso.

El ambicioso, ha dicho un escritor, es el símbolo de la ansiedad de Tántalo.

Nada más exacto. La fábula es la fotografía de la vida.

Pero esa sed hidrópica que nada satisface; esa aspiración siempre colmada y eternamente renaciende con vehemencia mayor; esa tendencia á absorberlo todo, la tierra, el aire, el agua, el sol, todo eso encerrado en un vaso de arcilla, cabe holgadamente en siete piés de esa misma tierra que lo sustentó sobre su superficie, y que luego oculta para siempre en su seno.

Bien dice Chateaubriand : “El hombre, en sus insensatos proyectos, olvida contar la hora que no ha de oír sonar.”

LA CALLE DE "LA ESPERANZA."

Á mi querido amigo don José E. Díaz

Estoy fatigado: creo que he dormido, y me parece que he soñado. Estoy triste porque he visto mucho, y no quisiera recordar lo que he visto; y sin embargo, lo recuerdo.

I

Por una ciudad populosa atravesada por calles rectas y paralelas; entre el atronador ruido de los carruajes que se cruzan y de los pedestres que se atropellan: allí, oyendo el clamor de la fatídica campana, bien sea que nos llame á la oración ó á la agonía; y más allá, la grita descompasada de la bacanal que aturde, vagaba yo tembloroso, sobrecogido de temor y de respeto, de ánsias y deseos inextinguibles.

La ciudad, en parte adornada con flores, y en parte con crespones fúnebres, era como el símbolo de la vida.

Busqué la soledad en donde reposar el alma, y seguí sin pensarlo por la calle de "La Esperanza."

¿ Podriais imaginároslo? Anchísima y bien pavimentada, ornada de mirtos y azahares, de siemprevivas, rosas y jazmines, seguía, porque el olor de las flores perfumaba el ambiente; y tenue y suave el paso, me deslicé por el menudo césped aspirando con delicia el aroma de las flores. Ah! qué flores! Purpurinas brindando al sol sus corolas para ser fecundadas por sus ardorosos rayos: sensitivas, muertas al contacto de un profano que osara atentar á su pureza: perfumadas violetas que ocultan pudorosas sus sedosos pétalos, esparciendo á su pesar, su fragancia.

Me embriagué de perfumes: seguí desatentado, sin alien to: busqué con locura, con avidez inexplicable, alma á lo material; y pregunté á las flores sus amores, y quise para mí sólo el secreto de sus esencias.

II

Me cansé de vagar : cansé á las flores : y á fuerza de quebrantos, ví en sus corolas lágrimas ; y á sus matizados pétalos tan bellos, les ví perder el tallo, y como ramas de un tronco desgajadas, poco á poco cayeron.....

III

Después.....ay! después!..... Flores agostadas y marchitas, jazmines, heliotropos, rosas y azahares, sin perfume y en hacinamiento confuso es todo lo que he visto. Y era larga la calle de "La Esperanza"!!

Ya no se oía el infernal ruido de las Bacantes, ni las melodías de las orquestas celestiales. A treguas, y como el estertor de la agonía, llegaban á estremecer las fibras de mi alma, ruidos desconocidos, ayes y lamentos.

Vine de improviso rodeado de una atmósfera letal : mis miembros se crisparon, é incliné mi frente sobre el pavimento. De mis ojos brotaron raudales de tristeza, y al alzarlos, pude ver que había llegado al término de la calle de "La Esperanza."

IV

Cual náufrago á merced de las olas, miré al Cielo esperando la calma, ya que la dicha nó. Nubarrones por todas partes, ráfagas eléctricas y tempestad tremenda encontraron mis ojos. A lo lejos, llegué á divisar envuelto en su manto de dudas al *Destino*, que guía nuestros pasos en la tierra. Ajusto el ceño y torva la mirada, temblé al contemplarle : mis ojos velados por las lágrimas, hicieron inclinar de nuevo mi frente sobre las frías losas del pavimento. Reguélas con el rocío del alma, y me dormí en el término de la calle de "La Esperanza."

V

Las auras matinales besaron mi frente, y al despertar, el Cielo habíase apiadado de tanto sufrimiento. Un ángel rozó con sus alas mi seno, dióme calor y vida, infundióme aliento,

y si volví á llorar, fueron lágrimas de consuelo. El me dijo :
"Levántate y anda : sigue al través de espinas tu camino :
crée en Dios, perdona el olvido, el desdén y la ingratitud,
ama á la Humanidad, y será interminable para tí la calle de
"La Esperanza"...."

VI

Despierto estoy, y sigo por la calle de "La Esperanza."
